Dónde la Inspiración te Lleve

J.I Torres

Capítulo 1

CAPITULO I: CONVERSACION ENTRE AMIGAS

¿Qué es real? ¿Podrías definir «real»?

MORFEO

«Son simples señales eléctricas que interpreta tu cerebro»

Victoria Javiera me mira inquisitivamente, mostrando aquella clásica expresión de: «No entiendo nada»

—Realmente no estamos aquí, en la parte más inhóspita del cementerio general, sobre las sucias y mohosas lapidas mortuorias de cerámica grisácea, y, al mismo tiempo, si lo estamos.

Victoria mueve la cabeza, queriendo decir: «A ver. Explícame»

—Solo es una ilusión, mi querida Victoria. Nuestros padres no murieron. Yo no estoy viva, tú tampoco lo estás. Pero, desde otro punto de vista, si estamos vivas. Esto que vivimos no es más que una simulación.

Ahora parece más confundida que antes. Me hace una seña con la mano para que prosiga.

—Lo que tus ojos ven, lo que tus oídos escuchan, lo que sientes, hueles y pruebas con tu boca, no son más que simples interpretaciones llevadas a cabo por tu cerebro. Señales eléctricas emitidas por neuronas que transmiten impulsos nerviosos. Estos impulsos son leídos y registrados por tu cerebro, el que formula unas imágenes basándose en lo que tus cinco sentidos le transmiten.

Victoria Javiera se inclina hacia atrás y toma un poco de aire. Creo que va a hablar, pero cierra la boca. Continúo.

—Esta *«realidad»* tiene mucho de simple como de incierta ilusión, de engaño, de mentira. ¿Nunca te has preguntado, Victoria querida, por qué razón los medios de comunicación no dejan de bombardearte diariamente con noticias sobre asesinatos, violaciones, asaltos, crímenes y abusos?

Niega con la cabeza, perpleja.

—Porque… están fabricando artificialmente tu *«realidad»* con base en el miedo, en el temor, como un ave enjaulada, haciéndote creer lo que ellos

quieren que creas, mostrándote sólo lo que ellos desean mostrarte. En la televisión, en la radio, en la prensa. ¿Y para qué? Para que vivas con terror. Para que no te des cuenta de la verdad.

—¿¡Qué verdad!?—. Exclama por fin, casi en un morboso grito entrecortado.

—Que eres una esclava del sistema. Han fabricado esta prisión para tu mente, para mantenerte cautiva en la falsa ilusión de una vida.

Victoria Javiera se cae del bloque donde está sentada, pero se incorpora enseguida, sacudiendo sus ropas con algo de agitación. Quedó algo sucia. Nada grave. Un poco de sangre sobre su rodilla. La expresión sombría de su rostro me impacta más, mientras se esfuerza en asimilar lo que le acabo de decir. Por su mente veo navegar incesantemente mis comentarios. Coge su cabeza con fuerza y grita muy, muy fuerte; pero el cementerio es tan grande que difícilmente alguien la escuchará. Luego me coge de la polera con ambas manos y me increpa duramente. «Malnacida» «Infeliz» «Ahógate Perra» son solo algunas palabras que usa para atacarme, pero me da igual. Agotada de luchar, baja los brazos y se arrodilla unos instantes para tomar aire. Se saca algunos mechones de pelo como si no fuera la gran cosa y no le causaran dolor. Al ponerse de pie salimos del mausoleo bajo la asfixiante luz de un menguante atardecer, mientras un solitario búho grazna en los raquíticos brazos de un arrayán y un cuervo cruza volando por el cielo teñido de un brumoso y decadente color anaranjado.

Capítulo 2

CAPITULO II: FANTASÍA

«Fantasía». Esa es la palabra que, con frecuencia, permite abarcar lo inabarcable, y aísla en forma momentánea las circunstancias en las que mi dócil espíritu se ha vuelto una presa, porque… ¿No son las visiones mentales una profunda fantasía? ¿No son los ojos del interior un enlace hacia sueños fugaces y ocasionalmente reales; pesadillas ocultas y saberes prohibidos? La antiguas tradiciones hebreas, fenicias, griegas y aztecas, así lo confirman; una puerta ignota hacia las infinitas posibilidades de la «Consciencia» donde la realidad —o lo que sea que entendemos como «real»— se entremezcla con la fantasía, la sorpresa, el miedo y el horror. Claro está que no todas las personas sean capaces de Visionar; de recibir información subconsciente del entorno mediante visiones mentales, no siendo necesario el haber nacido con mencionada capacidad, sino que sea, tal es mi caso, producto del azar.

He de señalar que estas Visiones comenzaron con un leve hormigueo sensitivo, una visualización mental espontánea y efímera que se materializaba cuando estaba a punto de dormir, o instantes antes del despertar total. Aquel estado de semiinconsciencia en el cual no estás del todo despierto o dormido, tus sentidos físicos aún no acaban de desesperezarse o desconectarse, y tu consciencia navega libre en los profundos océanos de lo imaginado y lo fantástico; del presente, pasado y futuro. Supera la «realidad», y se inserta íntegramente en el tejido donde lo real se une a lo irreal.

Con el paso del tiempo, mis visiones han evolucionado a un estado de asombrosa elocuencia y claridad, y he visto muchos acontecimientos reflejados en mi mente y que posteriormente han tomado verdadera forma y consistencia. Escenarios y episodios como días muy lluviosos y tormentosos, fuertes temblores y terremotos, tormentas solares que, aun no habiéndose manifestado, ya las había visto en mi mente días antes que ocurrieran. Tardé un tiempo en darme cuenta que lo que veía al amanecer o anochecer no era otra cosa que una «premonición», principalmente a raíz de mi clásica y estricta formación racional y material que suele negar todo lo que no pueda de ser sometido al inviolable escrutinio de la experiencia.

Lo que ahora diré, sin embargo, puede ser algo un poco difícil. Me arriesgo a caer en una incipiente paranoia al afirmar ser participe visual de eso que se conoce como «Encuentros cercanos». He visto, aunque puedan dudar de ello, una nave muy extraña y singular volar por el ancho cielo de Santiago, a una velocidad tremenda y emitiendo un ruido

ensordecedor al cual soy incapaz de referir por carecer de medios terrestres de comparación; no obstante, considerando la impresión, diría que se trataría de algo así como una gigantesca turbina contenida dentro de un receptáculo mayor, si cabe; y cuyos movimientos y desplazamientos no obedecen a ninguna ley física, siendo su proporción lo más sorprendente al no tener similitud ninguna con nada fabricado por el ser humano. Su diseño —por lo que puedo recordar— es muy aerodinámico, y su forma podría ser la de un rombo tanto como la de un cilindro, asemejándose a la sonda estelar «Oumuamua» que tanto dio que hablar hace un tiempo atrás.

Efectúa un rapidisimo recorrido de extremo a extremo sobre la capital, para posteriormente aterrizar sobre la ladera occidental de la Cordillera de los Andes con un lúgubre sonido de aspas giratorias. Cuando la compuerta se abre, se extiende hacia el exterior una humareda con un aroma tan intenso como desconocido para el olfato terrestre. Y justo en el instante en el que los ocupantes descienden de la nave, mi visión llega a su término, por lo que soy incapaz de dar detalles acerca de su anatomía y su estructura corporal, como así también la intención que aquellos visitantes cósmicos puedan tener para con nosotros.

En mi sincera y profunda ignorancia creo y espero, tal vez inocentemente, que aquella perturbadora visión que les acabo de compartir no sea más que una profunda y macabra fantasía; no solo por el hecho de ser considerado un lunático delirante cuando deba asumir la enervante responsabilidad de transmitir lo que he visto, sino porque las últimas visiones que han llegado a mi mente se corresponden con una ciudad muy similar a la mía, pero completamente pulverizada, y lo que es peor, cientos, quizás miles de naves haciendo colapsar un pequeño e inofensivo planeta azul en un inconmensurable estallido de bombas y láseres.

Capítulo 3

CAPITULO III: SANGRE DE PRINCESA

Recopilatorio fragmentario de residentes del misterioso Castillo Bullevard, en la provincia de Lenz, Francia 1792.

El castillo es helado; las salas, horriblemente adornadas con gruesos y polvorientos cortinajes cuyas escuetas sombras se recortan espantosamente sobre las alfombras. Tercera planta, vista hacia las formidables montañas de Lenz, picos puntiagudos y pendientes escarchadas. El viento golpea con fuerza el delicado cristal de la ventana. Las habitaciones son muy altas, oscuras e insípidas. El decorado es profuso, mayormente a juego con la influyente virtud del Rococó; esculturas, cuadros de Maulbertsch, cerámica; mobiliario con grandes espejos y salones de porcelana. La música es suave, y nace en la voz de un antiguo piano ubicado en la profunda sala principal. Durante la noche, se extienden por los pasillos algunos silbidos suaves, como de un flautista, y se dirigen atropelladamente hacia las habitaciones. Una noche salí de puntillas hacia el corredor a averiguar su procedencia, y en el fondo del pasillo vi una oscura, muy oscura silueta que me observaba con ojos llameantes.

Alissa Gennais Dómine.

Todas las noches, sin falta; aquel oscuro silbido, intenso, dramático, enloquecedor. Llevo días sin dormir, noches en vela sobre la cama, los ojos muy abiertos, esperando… Once de la noche, a veces un poco más tarde, comienza. Primero en forma muy leve, confundiéndose con los silbidos del viento. Poco a poco, su intensidad sube, y su agudeza se vuelve insoportable. «¿No lo escuchan? ¿No escuchan esa dulce y terrible melodía» le pregunto a la gente. Cada noche, desde que llegué aquí. Sus notas son estrambóticas, antinaturales; demasiado bajas y tenues, demasiado altas y agudas. Cierro mi puerta y coloco todo lo que tengo a la mano para impedir que el sonido entre, mas es inútil. Ni en mis pesadillas he visto nada semejante. Me levanto cada madrugada llevada por un impulso desconocido a mirar por el amplio ventanal, y veo en los márgenes exteriores de los prados unas enigmáticas luminarias carmesí que oscilan y parpadean cuando la música de la flauta alcanza su punto álgido. Creo estar oyéndolo ahora mismo. Está del otro lado de la puerta, el demonio de la flauta.

Trinidad Genoveva Francesca

Una noche, solo alcancé a estar una noche. El misterioso Castillo de Bullevard, en Lenz. Ni Shakespeare lo habría diseñado mejor. Su aire es tétrico; desde lejos se percibe aquel intento de arte gótico camuflado en las raíces del renacimiento. Gruesa mampostería se extiende desde lo alto de los viejos muros, y el techo se pandea hacia los extremos por el irresistible paso de los años. El vestíbulo, los salones, las lúgubres habitaciones, el gran comedor, las colgaduras de ébano, la tapicería y el perfume son dignos de admiración y suntuosidad, pero nada me impacto tanto como la atroz melodía musical de aquella flauta infernal. Su entonación resulta chocante, y la cadencia, aunque rítmica, resulta sombríamente sobrecogedora, como si procediese del mismo inferno. Encontré un pequeño diario en la rústica biblioteca de la primera planta, redactado, al parecer, por quien fuera maestro y profesor del joven músico. Dice así:

«El flautista de Lenz, Nicoles Fourier, músico del castillo Bullevard» Un mozo con un talento innato, seguidor de Paganini, nació y murió en este castillo. Comenzó a tocar a la tierna edad de ocho años, y desde allí no se detuvo hasta su trágica muerte, doce años después. De su infancia destacó por su inestimable sensibilidad musical, su audición e inteligencia. Tocaba por horas, desde la mañana hasta el atardecer y gran parte de la noche; y se quedaba sobre la terraza lateral del Castillo a contemplar el adictivo paisaje de la luna fluctuando entre la sórdida vegetación de los montes escarpados. El endemoniado efecto que la contemplación arbórea unida a su música provocaba un destello aperlado en el paisaje, un efecto visual manifestado a través de los rayos de la luna y el sol en las sombrías cataratas que rodeaban los prados adyacentes. Yo mismo lo vi un par de veces, sentado enfrente del ventanal de la tercera planta, meditando, observando, mientras el flautista no cesaba en su empeño por darle vida a su música»

Quise verlo, verlo con mis propios ojos. Sé que no debía, pero la horrible adicción fue más fuerte. Nunca sabré si fue un fantasma, un espectro, o un simple espíritu ambulante arraigado en la esencia del misterioso castillo. Pero aparece en mis sueños desde entonces; desde que torcí la ventana esa noche y me lancé seducida por las impactantes llamaradas carmesí que bailan entre los bosques cuando el flautista comienza a tocar. Y lo veo claramente. Un joven muy apuesto y vigoroso, de facciones griegas y unos dedos delgados y hábiles, recorriendo con vacilación los extensos corredores del Castillo, sumido en la melancolía y la depresión por no haber alcanzado a compartir su arte con el mundo.

Perséfone Euristica Briand

Capítulo 4

CAPITULO IV: LUZ DE VELA

Las adicciones son raras, las fobias, los son más; pero no voy a detenerme en esta última, sino referir en forma muy breve la primera. Y quizá sea una exageración decir que soy enfermizamente aficionado a las velas —o bujías—; la luz que emite e irradia, la oscuridad que ahuyenta y que espanta… ¿No les parece—en verdad— algo maravilloso? Nos sentimos dichosamente cobijados por la serena luz del sol, por el calor acogedor que gratuitamente nos transmite; por la luz pura de una vela, por la ausencia de maldad y oscuridad que hay en ella. ¿O quizá sea, tal vez precisamente, aquella misma sensación de incipiente maldad que nos abrasa y que solo podemos observar en los alrededores de la luz, en las tenebrosas sombras negras y acechantes? La oscuridad total se extenderá si la apagas; los demonios dormidos despiertan… y cantan, cada horrible noche, cuando el sol se esconde, y no tenemos una vela con la que defendernos de su oscuridad. Sagrado corazón, esencia de mi alma. Luz y sombras. Esto es todo, y nada más.

Capítulo 5

CAPÍTULO V: CHARLA CON UN ARTISTA

¿Cuánto terror puede soportar el alma de un hombre? ¿Cuánto horror puede resistir el corazón antes de ver menoscabada su voluntad, sumergida en un abismo de tortura insalvable? Mi imaginación —hablando de esto con profunda sinceridad— desde muy joven me ha permitido disfrutar de los indescriptibles goces de la creatividad; una creatividad sana amparada en los libros y cuentos de bosques misteriosos, castillos encantados, reyes y reinas, príncipes y princesas; y afloraba con naturalidad cuando alimentaba mi mente con todas aquellas mágicas ideas que se nos cuentan en los relatos que tienen por objetivo la transmisión final de una moraleja, una enseñanza a la virtud. Sin embargo, ciertamente, en algún punto esta ingénita curiosidad se volvió en mi contra; y lamentablemente muy tarde fue cuando di cuenta de ello y empecé a imaginar demonios, espectros, fantasmas y otras cosas que apenas me atrevo a mencionar, tras escudriñar libros prohibidos, saberes restringidos y frecuentar los sitios más peligrosos de la ciudad en busca de una satisfacción que complaciera a cabalidad el exigente apetito de mi alma.

Es indudable que la mente humana, en periodos de intensa actividad, y excitada artificialmente a causa de los opiáceos, suele entregar a su portador escenarios tan vastos y tenebrosos y poco naturales que de otra forma son imposibles de ver. Lugares, entornos, individuos que deben permanecer en sigilo, pues adquieren un nivel de realidad inaudita, y arrastran al ser más escéptico y descreído hacia el infinito abismo de un delirio irrefrenable del que nunca será capaz de salir. Por una razón Dios nos proporcionó la innegable cualidad del discernimiento, aunque no todos—vale la pena decirlo— hagan uso de ella.

Como ya he descrito, los irresistibles impulsos de una imaginación hambrienta —que hasta entonces, era plenamente desconocida para mí— me llevaron a recorrer los rincones más inhóspitos y desolados de la ciudad. Llegué así a visitar el núcleo industrial, en las afueras del centro de Santiago; lugar donde se alzan toda clase de industrias abandonadas. Empresas manufactureras, papeleras, metalúrgicas, edificios en ruinas; en otro tiempo brillaban con gran esplendor respondiendo a los insaciables apetitos del gran comercio, sin embargo, a medida que se internalizaban las grandes tecnologías y comunicaciones, aquel sector fue poco a poco sumiéndose en el olvido, la pobreza y el abandono.

A un costado del lugar, continúan existiendo pequeñas agrupaciones de obreros; en míseras casuchas pareadas conformando un panorama depresivo y a todas luces sombrío. Allí conocí a Sergio Román, un viejo operario de grúa que, luego de los masivos despidos por parte de la metalúrgica, abrió su propio taller de reparaciones. Pero no fue por esto por lo que decidí entrar en la pequeña antesala de su casa; sino, lo que llamó inmediatamente mi atención, fue la exquisita colección artística que pendía de las paredes y muros de su modesto taller. Una influencia pictórica demasiado extravagante al tiempo que necesariamente antinatural había dado origen a todas aquellas pinturas, y resaltaba en su composición la habitual expresión hiperrealista que solo es posible conseguir mediante técnicas y herramientas de primer nivel. No obstante, este hombre, solo con el producto de su habilidad, dio a luz algo tan sombríamente hermoso que el propio Da Vinci estaría complacido.

—¿Qué lugar es ese?— Le pregunté, luego de analizar por espacio de largos minutos sus obras, señalando una agrupación de cuadros que mantenían un denominador común.

—Son las plataformas ocultas bajo el hielo del Antártico— me respondió con sombría gravedad, mientras jugueteaba mansamente con la suela de un zapato roto— las hicieron los «Primeros Hombres» sobre la tierra.

Añadió a la expresión: «Primeros hombres» aquel clásico y perdurable acento que con frecuencia utiliza el profesor al aleccionar a su alumno. Indicaba la representación gruesos casquetes polares, medio salidos hacia el exterior del océano mediante fuertes movimientos ondulatorios de las marejadas. La visión general se componía del vasto territorio antártico, sometido a un incesante y gradual deshielo producto de los estragos del cambio climático, y dejaba a la luz aquellas estructuras sospechosamente definidas para ser simple obra de la naturaleza. La forma, en rigor, era una gigantesca plataforma vista de frente, con multitud de agujeros de diverso tamaño y envergadura. Hacia abajo, por aquellos túneles, los agujeros se ensanchaban y desembocaban en una matriz que parecía conectar con el exterior. En ese lugar subterráneo, el artista había dibujado unos individuos informes y alargados, como pequeñas personas esperando bajo el sólido y abundante manto de hielo.

—¿Qué son esos?—. Dije apuntando con mi largo dedo aquel pequeño espacio dentro de la pintura.

Sergio Román, movido por una impresión que solo se parecía a un indescriptible escalofrío, me miró a los ojos, solo un instante, lo suficiente para que captara la cruel batalla que en su mente tomaba lugar. Desvió la mirada. Primero al cuadro, luego al piso (respiró profundamente) y al final

cerró los ojos. Pasado algún tiempo, dijo:

—Son… son conocidos como los descendientes, los vástagos, los herederos. Son seres de aspecto hibrido que heredarán la tierra cuando el ser humano esté a punto de destruirla; cuando la codicia y la avaricia hayan agotado hasta el último recurso natural, hasta el último árbol sobre la tierra. Para entonces, emergerán de su guarida natural, y tomarán posesión absoluta y dominio irrenunciable de este mundo, y de todo lo que hay en él.

Solo el carácter morboso de aquella declaración, la obstinada creencia a ver más allá de las cosas, y el familiar contenido a todo lo inimaginariamente inimaginable, hizo que no saliera de ahí a pasos agigantados, corriendo frenéticamente por la lúgubre calzada hasta perderme entre los edificios más o menos decentes del principio de la ciudad. El pintor, luego de acabar, guardó venerable silencio, mientras seguía jugando con la suela del zapato roto. Quise preguntar algo más, pero me interrumpió con una risita histérica y nerviosa. Vi en el pálido reflejo de sus ojos que no mentía, y deseé saber de qué fuente había obtenido aquella información; mas, guiado por un instinto de preservación, simplemente agradecí su relato, di media vuelta, y me perdí entre las ennegrecidas callejuelas del barrio.

Regresé al cabo de dos meses por su taller, y me enteré, con tristeza, que Sergio Román había muerto. Fui recibido por su viuda, naturalmente dolida y acongojada, y me dijo que hacía un mes que Sergio ya no formaba parte de este mundo. Solo Dios sabe cuánto de lo que aquel hombre me dijo era cierto. Mis temores, desde aquel entonces, no han hecho más que confirmarse. Por un lado, la inexcusable y deleznable acción de las grandes corporaciones por continuar depredando nuestros exiguos recursos naturales, y por otro lado, las impresionantes publicaciones que hizo la revista Nature la pasada semana. Fotografías del espantoso deshielo del antártico, la aparición de extrañas y muy curiosas perforaciones en el terreno polar, cuyo canal parece conducir hacia un depósito subterráneo del cual se han extraído con mucha dificultad toda clase de objetos milenarios. El más sorprendente, sin duda: un fósil maravillosamente conservado de un individuo de esqueleto alargado cuyo origen, al parecer, no procede de este planeta.

Capítulo 6

CAPÍTULO VI: PARA ÁNGELA

En toda la historia de la existencia, no habrá nunca persona más hermosa, más misteriosa y más enigmática que aquella que respondía al nombre de Ángela. Desde que la conocí, hace un tiempo lejano, todas las conversaciones que tuvimos se tiñeron, sin excepción, con ese siniestro y sobrenatural color tan bien engendrado en los áuricos relatos de Wentworth, demasiado surrealistas y poco naturales para ser descritos aquí, pero que constituían, con frecuencia absoluta, el tópico común cuyo carácter perfilaba todos nuestros diálogos y que acabó por formar en nuestros corazones la más ardiente de las pasiones.

Es inconcebible dudar, aunque sea por un instante, de la inagotable, insondable y fascinante sabiduría de Ángela. Solo un orate pondría en tela de juicio su profundo —y a veces abstruso— conocimiento. Generalmente provoca un sobresalto, pues este saber ha sido cosechado con tratamientos distintos a las clásicas doctrinas racionalistas y empíricas, adquiriendo un matiz metafísico al cual no haré mención mayor; y solo referiré la portentosa habilidad intuitiva de su mente para internalizar nuevos saberes.

En todo este discurso, sin embargo, resultará infructuoso hacer comprender al oyente sobre ciertas capacidades que, con el tiempo y no exentas de misterio, llegué a descubrir en mi amada; capacidades que no obedecían a proceso alguno de lógica y analítica, y estaban muy por encima del razonamiento de un Descartes o un Kant. Aunque nos deleitábamos —reitero— con ciertas lecturas destacadas con el carácter de los enigmas, de lo raro y de lo insólito como ***«El Cadáver Iluminado»*** del Monje Arcturus, y ***«la Sorpresa de Dios»*** del clérigo Sir Connor Malcolm, escrito en sus periodos de máxima lucidez, transcurrió algún tiempo en que dudaba de lo que mis sentidos percibían; y mi propio intelecto— no hallando medio para poder ser satisfecho y expresado formalmente— acabó por encerrarse dentro de una firme pared de escepticismo y duda.

Aquellas profundas y singulares habilidades metafísicas de Ángela, se construían en esencia sobre un agudísimo nivel de percepción del entorno que la rodeaba; un horizonte de atención casi sobrehumano, y su impresionante concentración, dieron paso a una precisa y fría virtud Clarividente, en la cual jamás habría creído de no ser por haberla visto y comprobado con mis propios ojos. Adivinaba mis pensamientos sin ningún tipo de dificultad, sabía lo que estaba a punto de decir antes que incluso yo supiera qué iba a decir, y conocía además, con escalofriante detalle, la

índole de los sueños que tenía por la noche.

Pero un día, un día extraño y remoto, de esos cargados por el aire corrosivo de la desolación y la destrucción, fue demasiado lejos, porque… ¿Cómo es posible vivir, vivir de verdad, sabiendo que la amada, la virgen, el alma gemela, será presa de las fatales fauces de la muerte? ¿Cómo —pregunto en mi sincera ignorancia— es posible siquiera conciliar el sueño, respirar con la tranquilidad de un día sereno, cuando mi esposa será arrastrada hacia los terrenos desolados de los difuntos?

No hace falta que explaye la razón por la cual no dormía por las noches. Tampoco es necesario explicar el motivo del cambio depresivo y casi enloquecido de mi carácter. La pesadilla a la que apenas me atrevo a mencionar… ¡Ay! ¡Esa innombrable pesadilla! Me había mostrado claramente aquel brutal episodio: El deceso de Ángela. Dentro de un escenario onírico, difuso, vago, en una sombría habitación con extensas cortinas de seda color sangre, y rodeada de aromáticos candelabros e incensarios cuya menguante luz irradiaba de forma heterogénea el lugar, yacía entre mis brazos aquella a quien yo había amado, aquella de nombre Ángela, la lúcida, la de espíritu elevado, y sobre su rostro amortajado se dibujaba una expresión de olvido y de mortandad.

Tal ensoñación, mortalmente fatídica, me impidió conciliar el sueño esa noche, y la siguiente, y la subsiguiente. La cuarta, a ratos, logre descansar en los cálidos brazos de Morfeo. Pero mi horror iría en aumento al comprobar como la salud de mi amada languidecía y vacilaba; de un modo inaudito, todo el candor, la energía, su virtud se esfumaba. Me abrumaba, me sobrecogía de tristeza su convalecencia, y será imposible hacer comprender al lector(a) el sufrimiento, el sentimiento que ello me inspiraba; íntegramente la pesadilla tomaba forma de un modo lento pero inexorable.

—Mi Amor… —Le decía con los ojos llenos de lágrimas, con el alma reventada ante la infernal y descomunal tortura— Mi amor, mi corazón… dime por favor… cómo puedo ayudarte.

Enternecida, extendía su mano marmórea sobre mi rostro, y me acariciaba con tanta dulzura, con tanto amor, que perdía en esos instantes la noción absoluta del todo; del tiempo y el espacio, de las épocas, de los misterios de la vida, su nacimiento y su final. Acto seguido, extraía de sus labios un pasaje del libro «Las Doctrinas Espirituales» del filósofo inglés que siempre me resultó peculiar, y que ahora componía un consuelo ruin que en ese entonces, era obstinadamente incapaz de comprender. Dice así:

«No en vano la vida se tiñe del imborrable color de los acontecimientos; dan forma, moldean y esculpen ese largo y misterioso camino para el cual la muerte no es más que un fin inevitable, un cambio

de forma en la percepción para dar paso a un nivel superior»

Hacia el tercer día a partir de aquel suceso, el venenoso mal agravó su cuerpo, y obligó a su víctima a ser confinada dentro del lecho. Los médicos, por más perspicaces e inteligentes que pudieran ser, fueron completamente inútiles para encontrar la causa de la continua y grave enfermedad que había atrapado a Ángela. Pasé a su lado largos días y noches, observando pasmado incapaz de hacer algo frente a la funesta y desconocida enfermedad que corría su organismo. Desde entonces me quedé en vela, sentado en un cómodo sillón reclinable que instalé junto a la cabecera de su cama.

La luz del antiguo candelabro en el velador se derramaba sobre su rostro, sobre su grácil expresión de sirena, de paz, de esperanza frente a la adversidad; la frente, muy ancha, se nivelaba ágilmente entorno a las sienes; los pómulos, ligeramente redondeados sin ser circulares, habían perdido su característico y sutil color sonrosado; sus cabellos, largos, castaños y rizados, caían alocadamente sobre la almohada. Los labios, un poco entreabiertos y muy resecos, exhalaban una pequeña y cálida corriente de aire que se desplegaba imperceptiblemente por la sombría habitación. Así me quedé, admirando su ingénita belleza, que aun, ad portas de la muerte, no era capaz de abandonarla. Tomaba su mano entre mis dedos, suavemente, tan suavemente, y sentía que ella me la apretaba, cada vez con menor energía. El sexto día, su cuerpo ya no respondió más. Por más intentos, no percibí pulso alguno, señal inequívoca de vida, ni respiración… Y se heló. La rigidez cadavérica se extendió, dejando en Ángela un cascarón vacío. Sin embargo, llevado por un impulso que no sabría describir, no la moví. No la desplacé un centímetro de su lugar. Solo esperé junto a ella, horas enteras.

De pronto, durante la noche del sexto día, en una contemplación borrosa, áurea, comencé a oír unos sonidos, unos sonidos como golpecitos muy tenues y acompasados, similar a un reloj envuelto en algodón. Busqué en derredor, entre las pavorosas tinieblas el origen, y pronto capté que venía desde el pecho de Ángela. Acerqué mi oído hacia aquella región, palpé con mi mano. Mis sentidos no me engañaron. Ángela vivía. Su corazón palpitaba. Sus labios se abrieron en una minúscula proporción, la suficiente para que dejaran pasar el dulce tono de su voz:

«Mí...Amor…» dijo ella, ante el grueso y fenomenal asombro de mi mirada, ante mí exclamación de incontenible júbilo, y enseguida, con un incipiente hilo de voz recitó la oración final del pasaje del libro: *«la muerte no es más que un fin inevitable… Un cambio de forma en la percepción para dar paso… A un nivel superior»*

Lentamente el color sonrosado regresó a sus mejillas; las venas de su frente se enmarcaron evidenciando el continuo fluir de la sangre por su cuerpo y una energía difusa emanó de él; mas, al cabo de unos minutos,

el color, el aroma se esfumó, el suave latir del corazón se detuvo; los débiles movimientos espasmódicos cesaron y los labios se cerraron.

De un salto me puse de pie en busca de nuevas señales de reanimación. Di vuelta por la cama, la iluminé con las velas, estremeciéndome ante el pálido resplandor de su cara, y acerqué mi oído a su pecho en un intento desesperado. Nada. Toda señal de vida se había extinto. Deshecho en lágrimas, con el corazón destrozado por el castigo, volví a colocarme junto a ella; pero esta vez mantuve mi mirada fija, mis sentidos alerta, frente a la más mínima huella de vida. Pasó una hora, dos, y cuando empezaba a fatigarme, otra vez oí el sonido, un sonido vago desplazándose en forma casi imperceptible por su cuerpo. No obstante, el aliento de vida fue breve, y se sumía en una nueva y más larga inmovilidad. Mi corazón parecía estallar cada vez que Ángela reaccionaba, cada vez que regresaba de entre los muertos. La noche avanzaba y no quería perder la esperanza, pero el agotamiento me dominó y, sin advertirlo, me envolvió un profundo sueño.

No puedo asegurar, bajo ninguna circunstancia, que el hecho que a continuación revelaré, no sea el fruto de una imaginación demasiado excitada a causa de los acontecimientos anteriores, o de las lúgubres horas de torturante incertidumbre. La acumulación de aquellos sentimientos, aun para un corazón sincero y dócil como el mío, produjo un efecto cuya naturaleza es un verdadero misterio para descifrarlo. Al poco tiempo de haber cerrado mis ojos, oí un golpe indescriptible y de gran potencia, de mortal y fulminante energía, que procedía desde algún lugar de la habitación. Alcé la vista estupefacto pues no procedía de la cama, y, en aquel preciso instante, fui momentáneamente encandilado por una esfera luminosa que cruzó flotando a través de la ventana. El globo —pues yo no podía darle otro nombre más que el de un pequeño y brillante globo de color blanco— se posó justamente sobre el cuerpo de Ángela, efectuó un lento y ondulante descenso emitiendo chispazos de luz, y aterrizó sobre su pecho. En aquel momento, una sensación de dicha, de formidable alegría —como no será posible imaginar— me abraso, al ver como Ángela abría los llameantes y resplandecientes ojos marrones, se incorporaba de la cama, se colocaba ante mí, y, agachándose dulcemente me obsequiaba un beso tan sincero, tan celestial, tan divinamente dichoso, que diluyó todo el miedo y el terror que hasta entonces me había poseído. En este gesto, arreció una potente corriente de aire que apagó de golpe las velas del candelabro, dejando a la habitación sumida en la más apaciguadora luminaria que mágicamente sobresalía de cada centímetro de la piel de mi amada.

La bella y angelical Ángela, luego de despedirse, levantó ligeramente los brazos hacia el cielo en un acto de gran ceremonia, dio un pequeño salto, y frente a mi mirada atónita y asombrada, salió flotando cual ángel por la ventana de la habitación, dejándola a oscuras. Para entonces, dudaba en gran medida sobre si me encontraba despierto o

dormido, y un nuevo vistazo hacia el lecho me rebeló la verdad. Cogí una pequeña cerilla y encendí temblando las velas…

«Aquí nació un ángel… — me dije a mi mismo, llorando a mares a causa de la emoción, llorando de felicidad, de tristeza, de desconsuelo— de este lugar, de esta sombría habitación oscura, bajo aquellas frazadas y sábanas, nació un ángel»

Capítulo 7

CAPÍTULO VII: LA ARQUITECTA DE PALACIO

Es imposible que pueda presentar una introducción menos ambigua, menos simplista y poco profunda dada la peculiar naturaleza que esta posee; no en vano Christian Reginall se pronunció una vez sobre los oscuros desvaríos que amenazaban la compleja psique de Andrea de Zoretti. ¿Quién no ha de sorprenderse ante los delicados y profundamente hermosos palacios que aquella arquitecta diseñó, a la sombra elísea de un morboso criterio estético? ¿Alguien podrá poner en tela de juicio la indiscutible capacidad artística de su alma, la lógica de su razón y los sentimientos que albergaba su corazón? Desde luego que no, y será imposible, también, encasillar la indefinible índole de su arte dentro de simples ponderaciones técnicas y prejuiciosas.

Porque, a fin de cuentas, aquella mujer era una genio, en toda la extensión de la palabra, y Reginall fue muy enfático en referirse a la esplendorosa mansión de un enrevesado estilo neogótico que se alza en las afueras de la capital de Inglaterra. El dijo: «No he habitado nunca palacio más hermoso, más sofisticado y dinámico y que, pese a su notable extravagancia, no pierde ni un toque de pragmatismo. Sin embargo, desde mi primera noche allí he percibido un elemento extraño, una cierta atmósfera pesada y cargada de un aire especial y lúgubre, un poco forzado para los pulmones y el espíritu»

La declaración de Reginall se ajustó en forma bastante precaria hacia aquella realidad que envolvía subrepticiamente a la arquitecta, y al prematuro fallecimiento de este individuo fue rápidamente adquirida por un rico alemán llamado Roger Müller que cada noche solía caminar bajo los elevados pórticos góticos que entrecruzan las gruesas columnas dóricas de la entrada. Sin desmerecer la intachable conducta germana, no pudo soportar estar más de dos meses en aquella mansión de pesadilla, siendo el detonante que catapultó su salida ciertos cuadros y pinturas que la arquitecta dejó inopinadamente en el corredor decorado en relieve del primer subterráneo, cuya conveniente extensión atraviesa toda la edificación de norte a sur y de este a oeste. Cada noche, antes de dormir, decía oír ruidos similares a suaves aleteos y zumbidos, de moderada potencia, que se incrementaban a medida que descendía por la estrecha escalinata hacia el subterráneo, y se estremecía al escuchar de boca de sus empleados la perturbadora mención de lo que parecía ser un silencioso animal alado revolotear por los niveles inferiores. Cuando descubrió el corredor de cuadros y aún más la monstruosa criatura que se dibujaba en la pared precisamente bajo su recámara, ni siquiera se le pasó por la cabeza el llevarse todas sus pertenencias. Regresó rápidamente a su país y, según pude averiguar, no piensa poner un solo

pie de vuelta en Londres.

Así y todo, se manejaron numerosas ofertas de compra por la propiedad, en su mayor parte de millonarios árabes. Uno en particular llamado Jad Zajed Marwan Arafat logró adjudicarse el título por una elevadísima suma de dinero, procedió a refaccionar cada rincón del edificio y a rellenar cada tapiz y mural con imágenes de Alá y Mahoma, y también con toda clase de amuletos y arabescos. No se sabe a ciencia cierta cuando tiempo alcanzó a estar Arafat pernoctando la mansión antes de evidenciar sus terribles trastornos de personalidad que lo llevaron a violar las sagradas leyes del Corán y asesinar a su propia esposa de una manera tan espantosa, tan horrible, que los oficiales decidieron en forma unánime eliminar todo registro del suceso, aunque se estima una fecha tentativa de solo 13 días, basándose en los documentos de adjudicación. No se ha encontrado una explicación razonable para el estado en que se encontraron los cuerpos; era imposible que un simple ser humano pudiera triturar los fragmentos óseos y licuar la carne y los órganos. Los oficiales tampoco quisieron pensar e intentar imaginar las fórmulas del homicidio y el posterior suicido de Arafat. No obstante, merece una consideración especial, si bien no sea muy extensa. Vi una foto a color que el forense sacó a los cadáveres (o lo que quedaba de ellos)… y todavía hoy me arrepiento de haberlo hecho. No existe Dios que permita que semejantes atrocidades sean cometidas, a no ser que se trate de un Dios malévolo y con un gusto malsano por todo lo grotesco y lo inhumano. Señalar que tanto la piel de Arafat como de su esposa se habían desintegrado es decir poco, como también lo es el artefacto que se utilizó para realizar tan macabra operación. Como he dicho ya, los huesos de su consorte habían sido triturados, dejando en derredor una fina capa de polvillo blanquecino que se expandía suavemente con el viento. Los órganos y los tejidos se habían transformado en un verdadero caldo de restos humanos, algo viscoso y pegajoso al tiempo que horriblemente apestoso. Y el cuerpo de Arafat, sometido a la presión de una inmensa temperatura, acabó por convertirse en un tipo de singular ceniza color cobre que despedía un hedor tan repulsivo que tuvieron que transcurrir meses para que el lugar fuera nuevamente habitable. Desde el Servicio Médico enviaron un pequeño conteiner para almacenar lo que quedó del infortunado Arafat y su esposa y ser devueltos a su país de origen.

Con el tiempo, se comenzó a referir a aquel edificio como la mansión maldita, y muchos se afanaron en la búsqueda del diseñador de tan siniestro inmueble. Yo también quise participar y averigüe un par de datos muy interesantes sobre su persona, haciendo uso de todas mis credenciales como periodista, y lo que hallé fue lo siguiente: Andrea de Zoretti hubo nacido durante un tormentoso día de Octubre de 1908 en una región rural de Francia, y a una temprana edad había destacado por su profundo sentido del arte y una anomalía excepcional en cuanto a perturbadoras visiones mentales y sueños demasiado reales que luego reproduciría en muchas de sus obras arquitectónicas. Así nació el Palacio

del Magguntinae, al suroeste de Paris, superpuesto entre viejas vigas de hierro sobre una plataforma de mármol estilizado; El Ceremonial del Conde Harzes en la ciudad portuaria de Marsella, cuya conexión hacia el mar se reproduce de forma misteriosa tanto en la entrada a nivel de suelo, como en la escondida galería submarina recientemente descubierta. Y no se puede dejar de mencionar la evidente y majestuosa Columna del Girasol. Un edificio de tres ondulantes columnas verticales que habría sido la dicha de un Luis XIV, aunque De Zoretti más tarde afirmaría que el Dios Vegetal le había dado en sueños instrucciones claras sobre su edificación. La arquitecta escribió mucho acerca de esto, pero, me temo, sus cuadernillos y diarios fueron incinerados por un agente desconocido en los albores de 1930. Más tarde se supo que se trató de un familiar, que negó de toda forma inimaginable su parentesco con ella. En 1927 se matriculó en la carrera de Arquitectura y Dibujo Proyectista en la Universidad de Lyon, y en 1932 entró a formar parte de una secta muy heterodoxa de Invocadores y fanáticos religiosos disuelta en 1939 poco antes de la Segunda Guerra Mundial, pero se rumora que continua desarrollando su culto de un modo clandestino. Al parecer mantenían estrechas relaciones con el partido Nazi. Prueba de esto son las innumerables esvásticas que los pocos residentes han encontrado en los rincones más impensados de la temida construcción. Se casó en 1935 con Pierre Chauvet, un simpatizante del partido liberal, separándose al año siguiente al descubrirse su adherencia al Movimiento Alemán. Pierre la dejó en Lyon llevando consigo a su único hijo Maximilien para establecerse en España.

Descubrí también que sus creencias paganas sobre animales ancestrales les llevaron a realizar todo tipo de experimentaciones e invocaciones con desastrosos resultados. Para nadie era indiferente que en la vieja iglesia de Avenue Colline mantenían toda clase de animales salvajes, aunque nadie conocía en realidad de qué clase de animales se trataba; pero Andrea De Zoretti fue muy inteligente al mantener su religión y su trabajo por caminos separados. Durante el año 1955 se comenzaron a realizar una continua y masiva cantidad de protestas masivas en los alrededores del lugar debido a la gran cantidad de personas desaparecidas, por lo que emigraron a Inglaterra a comienzos de 1956. Según se cuenta, el cielo se tiñó de un brumoso color anaranjado cuando una tropa de temerarios franceses encendió fuego en la catedral arrojando un barril lleno de combustible. Y en la huida se cuenta que De Zoretti, junto a otros fanáticos elevaron una indescriptible plegaria a los cielos al ver perpetrado su santo santuario, mientras las llamas crecían en intensidad y el humo envolvía con su manto negruzco aquella venerable iglesia construida antes de 1650. Se radicaron en los suburbios londinenses y vivieron en la clandestinidad durante un par de años, y para cuando diseñó la mansión, en Mayo de 1960, se había transformado en regente del culto, y se la describía como la más hábil con los planos y los pinceles para representar fielmente a las monstruosas deidades. No solo era capaz de dibujar y pintar a los dioses, sino también, darles un soplo

de vida mediante rituales de brujería para los que no existe mayor información. De un modo análogo al Partenón Griego, planificó meticulosamente cada centímetro de aquel edificio que, según ella, era el templo de los ancestros. A su muerte en 1993 se realizó un responso en su honor, y al ser consultado al respecto, su único hijo Maximilien afirmó categórico: «Yo no tuve una madre»

Aunque mi reporte se basó únicamente en periódicos antiguos y viejos recortes de prensa, quise vencer mi temor a lo desconocido y tomé el primer tren de la mañana de la estación de Victoria rumbo a Brixton, y desde allí alquilé un vehículo para llegar hasta Godstone Farm.

Una mota de sulfuroso color carmesí se extiende a la vista nada más dejar atrás la carretera. El camino carece de asfalto, y por la calzada hacia el interior se acumulan pequeños peñascos de piedras y uno que otro inexplicable socavón. Alrededor del edificio, se alzan rebeldes montículos de tierra y malezas; algunas han echado raíces sobre los bloques de concreto. En los negros peldaños de la entrada se extiende una gruesa capa de polvo que el tiempo no es capaz de remover, evidencia absoluta del sensible abandono de la gran obra de Andrea de Zoretti.

Estacioné el automóvil justo en frente del vetusto y mohoso enrejado, descendí del vehículo, y recorrí en derredor la decadente majestuosidad de la mansión efectuando un rápido vistazo desde todos los ángulos. En la corona se distinguen los afilados puntales de mármol, y por la fachada se cruzan a los ojos las gruesas columnas que soportan todo el peso del titán. Por las desvencijados ventanales la luz de sol resplandece con cierta debilidad, hiriendo la descascarada pintura carmesí que apenas aguanta el paso de los años. Di un par de vueltas más y tomé algunas fotografías con mi cámara. Y justo cuando me volteaba para emprender el camino de vuelta, una sobrecogedora corriente de aire me alienó el cuerpo, un estremecimiento me envolvió, y Dios quiera que lo que oí enseguida fue una simple alucinación alimentada por las fantasías de la imaginación. Un torpe aleteo, suave al tiempo que potente, parecía provenir desde bajo la tierra, generando un ella un pequeño temblor. Regresé casi corriendo al vehículo, di marcha atrás y pisé a fondo el acelerador para internarme a máxima velocidad en la carretera con destino a la capital.

Capítulo 8

CAPITULO XX: ACTUALIZACIÓN DE TERRENO.

Hola a todas y todos...

Este... no sé muy bien como comenzar estas lineas; echaré mano de la simpleza que nunca falla. Esto no es una historia, un capitulo propiamente tal de la serie: "DONDE LA INSPIRACIÓN TE LLEVE". Es, como su nombre lo indica, una actualización acerca de los ultimos sucesos que se han producido por aqui, que han sacudido nuestra sociedad, y que me han provocado un sensible alejamiento de la página y una irresistible merma en mi creatividad.

Vivo en Chile. Muchos y muchas lo saben. Las cosas por aqui llevan ardiendo fuera de la olla durante más de dos meses; y digo fuera de la olla porque antes se mantenia dentro, en el interior de un receptaculo sellado a presión desde los inmemoriales tiempos del régimen militar. Aquella temida y odiada dictadura militar que sentó inconstitucionalmente las bases para promover una economia de mercado y un estado subsidiario que machaca y tortura a los ciudadanos y ciudadanas que se supone deberian defender, volviéndolos meras marionetas presas de un consumismo que se apoya férreamente en el adoctrinamiento sociocultural que diversos medios de comunicacion testaduramente pregonan.

Las cosas por aquí han cambiado mucho. Una ola de sombra destructiva se extendió como el fuego el 18 de octubre pasado, sin embargo, la amenaza más importante está identificada. Para nadie es indiferente que se encuentra en aquel palacio de gobierno conocido como: "La Moneda"; lugar donde los incompetentes e inconscientes pretenden detentar el poder criminalizando el movimiento y apuntando a sus propias fallas como las causas de un malestar generalizado que "nunca lo vieron venir"

Pero la población ha despertado. "CHILE DESPERTÓ" Es la consigna que ha marcado y sellado más de un corazón y el alma de todos y todas quienes pertenecemos a esta generación. Me ha tocado ver cosas atroces, pero mi espiritu se conmueve ante del hecho de ser parte de una multitud enfervorecida y unida de personas que solo clama por lo justo y lo digno, por lo ético, lo sano y lo humano.

Les mando un fuerte abrazo a la distancia. Pronto estaré de vuelta.

Capítulo 9

CAPÍTULO VIII: LA FIGURA DE GREDA

Finalmente me decidí a hacer el viaje solo. Mi destino no fue otro que el sur, casi la última porción humanamente habitable del planeta, y opté por quedarme en cierto sector rural; un remoto y poco convencional lugar conocido como el Valle Arinao. Me encontré allí una pequeña comarca con un distinguido y muy especial aire rústico, como lo suelen tener la mayoría de los pueblos sureños que permanecen ocultos entre las montañas.

Una hilera bastante estrecha de casas, algunas de concreto y otras simplemente de madera, se entrecruzan a sí mismas a consecuencia de la volatilidad del relieve predominante, y más hacia el sur rompe una peligrosa quebrada que luego muere en una depresión final que otorga estabilidad al terreno del valle.

Nunca hubiese imaginado que alguien viviese en el interior de plena quebrada, donde la luz de la mañana y de la tarde apenas rasguñan las copas de los árboles más elevados, pero así era; y cuando pregunté en la pequeña posada donde me hospedaba me hablaron de una odiosa pareja de viejos dedicados a la artesanía en greda y arcilla.

La mañana en que regresaba a la capital, el tren sufrió un inesperado desperfecto, y luego que los mecánicos confirmaran la falla se nos informó que el viaje se postergaría hasta la noche. En esa consideración, regresé al pequeño pueblo para almorzar, y con el resto de la tarde despejada me decidí a conocer esa misteriosa casa en el interior de la quebrada. Cogí mi abrigo antes de salir ya que la tarde había comenzado a helar.

Descendí por un pequeño y casi interminable camino de marcada pendiente para llegar hasta el profundo corazón de la cañada; y antes de lo que me esperaba apareció una horrible casucha sombreada bajo la dominante presencia de enormes y gruesos robles. Por sus envejecidas paredes discurrían diminutas y aisladas celosías corroídas por el óxido, y una fachada de madera refaccionada y ligeramente polvorienta se ocultada bajo una insistente capa de moho.

El aspecto general de la propiedad era tristemente lamentable, y no tenía nada de eso que los aficionados al arte tildan de «Bello» o «Hermoso». Sin embargo, la envolvía una atmósfera de hondo misterio, a la que simplemente no podía dejar de ver. Puede que sea —reflexioné trivialmente— la combinación y ubicación precisa de ciertos elementos que

influye y emociona el alma hasta el punto de someterla a la conmoción y el éxtasis; pues en la apreciación primeriza que dio origen a ese agónico sentimiento, se imponía con inequívoca fuerza aquel paisaje desolador.

Así me quedé un instante, de pie, contemplando asombrado su insólita ruindad y abandono; las ventanas sucias como cuencas vacías, la madera derruida que parecía gritar de pena, las hidras y malezas que se extendían sobre sus fríos cimientos; y llegó un punto muerto en el que, intensamente golpeado por aquella visión glacial, dejé de observar; y al girar para tomar el camino de regreso, la puerta se abrió pesadamente, y apareciendo un hombre muy viejo exclamó casi gritando:

—¿¡Quién anda allí!?

Me quedé perplejo, asustado e instintivamente quieto, pues me estaba apuntando con una escopeta de doble cañón.

—¿Eres tú, José Antonio?—. Dijo el viejo entornando los ojos— ¡Ah! ¡Hombre! Que no te reconozco con ese ridículo disfraz que te gusta usar. Ven, pasa. Tengo algo que enseñarte.

—No señor. Yo no… —. Pero no me dejó acabar. Me agarró con firmeza del brazo y me arrastró al interior de su morada.

No es necesario que explique la delicada condición visual y auditiva que afectaba al viejo, como tampoco el infortunado parecido que yo tenía con aquel de nombre «José Antonio». Me hizo sentarme sobre un sofá de tapicería arañada, depositó la escopeta sobre el respaldo de una silla, y salió de la lúgubre sala. Escuché que le decía algo a alguien, seguramente en la pieza contigua y posiblemente acerca de mi presencia. Luego se calló unos segundos, y reapareció con un horrible y sucio vaso con agua turbia en su interior.

—Toma, aquí tienes. Debes estar cansado por el viaje. Dime ¿Cómo están Ingrid y David?

Para ese entonces, ya me había hecho a la idea de seguirle la corriente. Su enorme escopeta, en gran medida, había contribuido a ese convencimiento.

—Bien… Ellos están bien…—. Respondí, tratando de parecer lo más calmado y natural posible. Repentinamente apareció un gato tras él, y se subió sin preámbulo ni esfuerzo a mi lado sobre el sofá.

Me estremecí, no sé si más por la fría y desconfiada mirada del enorme gato, como quien mira atentamente a un desconocido, o por el absoluto silencio en que el viejo había quedado. Sea lo que sea, me miró de arriba abajo, como si meditara detenidamente lo que acababa de oír.

Su expresión se ensombreció de pronto, y estuvo a punto de abrir la boca cuando alguien exclamó:

—¡Roberto!

Ambos nos incorporamos en el acto. El viejo salió raudo de la sala seguido de su gato. Los vi desaparecer tras el umbral.

Yo me quedé en la misma posición, sin mover un músculo, observando lo que había alrededor; los muebles crudos y roídos por la humedad, las frondosas y abundantes telas de araña que recubrían anchamente el techo, la asfixiante falta de luz natural y el alienante aire frio que corría a través de la ventana. Me puse de pie, y sin pensarlo más me acerqué lentamente a la puerta. Y estuve a punto de alcanzarla cuando el viejo apareció y me cerró el paso.

—¿Ya te vas, hombre? Ven aquí, sígueme. Todavía no te he mostrado lo que he estado haciendo.

Me obligó a seguirlo por el estrecho y oscuro pasillo similar a una bóveda subterránea, y nos detuvimos justo en frente de lo que parecía ser la última habitación de la casa.

Una ancha y sucia mesa manchada de greda se extendía en el centro. En una de las paredes se alzaba una enorme estantería, y enfrente de ella una vieja biblioteca.

—He estado practicando con este—. Dijo el viejo, luego de encender la oscilante luz y penetrar en aquel recinto de pesadilla— Es el que usaban los monjes benedictinos para sus propios rituales.

Me mostró una copia anillada de un libro extraño, cuya simple portada, es verdad, resultaba aberrante, y no pude permanecer viéndola por más tiempo. El viejo no captó mi turbación, y agregó:

—Gracias a la copia que me conseguiste, he logrado hacer que estas maravillas reaccionen.

Aquella frase quedó en vilo, suspendida en el aire por unos cuantos segundos. Yo estaba, francamente, desconcertado, y lo único que deseaba era largarme de allí; no obstante, mi estupor y terror se incrementaron al observar las figuras de greda y arcilla puestas en hilera sobre los distintos espacios de la estantería. Ahogué un grito al que afortunadamente el viejo no puso atención. Luego me vi en la obligación de aproximarme, y lo hice con extrema cautela.

La mayoría seguía, aparentemente, un carácter mitológico— representaciones de centauros, unicornios de dos y tres cabezas,

monstruosas sirenas y atroces faunos y sátiros—; otras una índole claramente fetichista— penes erectos, vaginas, testículos y senos—; pero lo más inquietante correspondía a la apreciación de cierto objeto de greda que descansaba sobre una pequeña mesita al fondo de la sala.

Se trataba, ni más ni menos, que la extraña representación de una ancestral y fabulosa figura: «Medusa» solo que esta tenía un total de ocho serpientes que se alzaban desde su cráneo, igual que el número de ojos que concentraba su rostro. Tres sobre la enorme frente, uno a cada lado de la mejilla, y otro sobre la barbilla.

—Medusa…—. Susurré con un finísimo y contenido hilo de voz, mientras me acercaba para contemplarla con más detalle.

—Tómala—. Me ordenó el viejo, en una consideración que no admitía debate.

Obedecí, sobrecogido por el espanto pero obedecí. Sostuve entre mis manos aquella horrible muestra de arte y la observé de cerca. Los ojos, muy grandes, tenían una precisión casi perfecta, cuya circunferencia seguía una forma de rombo achatado en los extremos. La nariz, de un perfil aguileño y ridículamente pequeña en comparación con el resto, se alzaba justo en el centro, rodeada de las ocho cuencas oculares que el viejo le había dado. Las serpientes, delgadas y con un extraordinario diseño, por poco me hacen creer que estaban vivas. Al sostener la cabeza, supuse que debía tener un peso de al menos ocho kilos, lo que evidenciaba que por dentro no era hueca, y la peculiar sensación que de pronto me embargó me hizo creer que era una cabeza de verdad. Algo había, algo que no podría describir, que se deslizaba desde la ancha frente, bajaba por los párpados, descendía por la pequeña nariz y se ocultada en aquella estremecedora y malévola sonrisa que adornaba el horrible rostro de la Gorgona.

Me encontré en un sueño repentino, en el cual me veía a mí mismo sosteniendo ese tosco objeto de greda con ambas manos en un espacio vacío. Ya no estaba en el estudio del viejo; ya no me encontraba en medio de las insospechadas quebradas del valle Arinao. Creí hallarme en una lúgubre meseta, vagamente iluminada por moribundas estrellas y negros soles, bajo la intensa presión de la no existencia… ¡La nada absoluta! En donde las múltiples realidades se superponen desesperadamente unas sobre otras.

Desconozco el tiempo en que me mantuve en esa posición, de pie, observando atentamente la cabeza y sus escalofriantes facciones. Pero entonces, me di cuenta de dos importantes detalles. Me percaté que la figura de greda ya había comenzado a pesarme, los brazos me dolían, como si llevara horas en esa posición. Lo que más me desconcertó, sin embargo, fue cierto griterío azorado que prorrumpía a todo pulmón desde

algún lugar del estudio del viejo. En ese momento, solo pude reconocer las siguientes palabras: «¡Ira Dei! ¡Ira Dei!»

Busqué con la mirada en derredor, creyendo que el autor de tan macabros y descomunales alaridos no era otra persona que el viejo y raro artesano; no obstante, él ya no estaba allí. Solo se encontraba su gato, parado encima de la mesa de trabajo, con el lomo extraordinariamente erizado y enseñándome sus afilados colmillos.

Lo que a continuación vi es algo de lo que no me atrevo a hablar. Nunca sabré con certeza si eso realmente sucedió o fue una horrible alucinación producto de mi excitada imaginación; pero en cuanto voltee me percaté de un detalle terrible, tan terrible, que solté la cabeza espantado, di media vuelta y corrí con todas mis malditas fuerzas. Salí de la casa, subí a trompicones por la pendiente, llegué al pueblo y desde allí no me detuve hasta ocupar mi lugar en el tren que milagrosamente aún no había partido. En mi acelerada carrera pasé a llevar a un niño pequeño en el andén. El pobre rodó por el piso ante la mirada furiosa y preocupada de sus padres. Un guardia percibió mi intensa agitación, y se me acercó para averiguar si necesitaba algo.

—Es… Estoy bien—. Le respondí.

El tren partió. Salimos de la estación y poco a poco dejamos atrás la sombría región del valle Arinao, con sus altísimas montañas y profundas cañadas. Sin embargo, lo que vi en el intertanto en que volteaba es algo que nunca podré olvidar.

¡Dios borré esa fatídica imagen de mi memoria! He dicho que la cabeza de Medusa tenía un total de ocho horribles y grandes ojos distribuidos alrededor de su rostro, igual al número de serpientes alzadas sobre su cráneo. Cuando la tomé, cuando tomé aquella espantosa figura de greda, tenía los ojos cerrados. Cuando giré mi cabeza y la volví a ver… ¡Los había abierto!

Capítulo 10

CAPÍTULO IX: DOS MINUTOS PARA PENSAR

Veamos, pues, la organización y el orden de los acontecimientos tal y como los recuerdo. Primero me declaré a la chica que me gustaba; posteriormente me rechazó. Más tarde, no del todo recuperado de la primera impresión que dejó en mí su negativa, llegué a ella, saqué el cuchillo carnicero de mi chaqueta, y se lo clavé limpiamente en la garganta.

La chica, afortunada y milagrosamente no murió, pero quedó con una horrible cicatriz que permanecerá en su cuello por el resto de su vida. Supuestamente me iría a la cárcel por aquel intento de homicidio; pero el juez, en su infinita e inesperada compasión, ha removido los cargos debido a que mi crimen fue catalogado bajo los términos de aquellas mismas palabras: «Intento de homicidio» y no «homicidio» en sí; en virtud de lo cual, y considerando mi defensa, hui olímpicamente de la sentencia que condenaba mi vida a treinta años tras las rejas.

La razón por la cual hago está introducción, no es por otro motivo que el de reflexionar en las fallas de la correcta y firme aplicación de la justicia. La idea, de forma simple y sucinta, está dada desde el comienzo. Mi impúdico y fatal propósito era tan claro como el agua. Todos lo sabían. Ella no lo sabía. Yo tampoco lo sabía, pero sospechaba, a raíz de la naturaleza impulsiva y a veces cruel de mi carácter, y mi absoluta falta de escrúpulos, que no vacilaría en cometer acto más vil para sentir la plena satisfacción de mi completo fin. Una satisfacción, en verdad, que no tiene amparo ni cabida en la mente de una persona sana, pero que con frecuencia goza de chispazos de lucidez tan elocuentes que me hicieron darme cuenta de la magnitud de mi desgracia. Tenía el temperamento y la condición suficiente para las cuales el médico más incapaz resolvería enclaustramiento, y en el caso de haber perpetrado asesinato, aplicar en estricto rigor toda la fuerza de la ley que habrían de inspirar los cargos. Hay —quizá— una cierta vacilación en mis maneras que podría haber imbuido de misericordia el poderoso martillo de su usía; o puede que sea, tal vez, la milagrosa recuperación de la chica la que hizo que aflojara la presión sobre mi espalda.

Yo amaba a esa chica, eso era algo evidente. Era, en palabras de un poeta, todo mi mundo. Me interesé por ella, admiré a fondo su ser más allá de su innegable belleza. La seguía a todas partes cuidándola; y cuando finalmente logré acumular el valor para declararme y lo hice, fui horriblemente rechazado. El resto solo es el resultado del paroxismo frio y demencial que quedó en mi mente y mi corazón. El efecto, enloquecedor y

sardónico, que nació precipitadamente de aquella respuesta. Mi mundo se había acabado, y ella era mi mundo. Hice entonces lo que hice, y hoy me siento avergonzando y absolutamente arrepentido.

Sin embargo, ignoro y probablemente nunca llegaré a conocer cuáles fueron las razones fundamentales de la remoción de mi sentencia. Si estuviese en su lugar, como juez hubiese declarado sin dudarlo un instante que semejante loco se pudriera en la cárcel, toda su vida y la siguiente si fuese necesario; y ordenaría tener bajo estricta vigilancia a los familiares que lo anteceden y lo preceden. Aquellos males, por desgracia, suelen contaminar a nuestros parientes más directos. Así, consideraría mantener un flujo constante de información de la familia que le dio la vida a semejante monstruo. La acción que hizo —o que pretendía haber hecho—, y que por obra y gracia de Dios no lo consiguió —por escasos milímetros de cortante y afilado acero— es motivo más que suficiente para condenarlo a cadena perpetua. Pero no que pagara su crimen con la muerte, como podría uno imaginar y devolver el favor con la misma moneda, sino simple y llanamente la larga y torturante ausencia y privación de su libertad de por vida. No se sabe a ciencia cierta cuantos otros locos desquiciados anden sueltos por nuestras calles y barrios; mas nos vale ser sumamente cuidadosos y preventivos.

Para terminar está pequeña reflexión, utilizaré la frase de un personaje memorable de un anime que me encanta (A ver si adivinan cuál es):

«NO IMPORTA LA RAZÓN. EL ASESINATO ES SIEMPRE UN ERROR»

Capítulo 11

CAPÍTULO X: LA ÚLTIMA Y NOS VAMOS

Hace ya un tiempo sentí la fuerte necesidad de escribir acerca del hecho que marcó mi infancia, mas nunca me decidí a tener que repetirlo en mi memoria. A día de hoy, en plena adultez, aquellos temores han aflorado, a consecuencia de haber sepultado las reacciones por años mantenidas en las sombras. La enfermedad, el delirio de una mente enferma me ha vuelto una presa, y no me queda otra que seguir rigurosamente los consejos de mi médico de cabecera, y hacer el esfuerzo de recordar y escribir aquello que me hace temblar por las noches. Creo firmemente que el esclarecimiento de los sucesos contribuya, de alguna forma, a la plena convalecencia de mi alma.

Desde mi más tierna infancia, apenas haciendo uso de razón, confieso que he tenido una asombrosa facultad extrasensorial. Llámese clarividencia si lo prefiere. Lo que no pertenece a los gruesos estímulos de un mundo tangible y prejuiciosamente materialista, yo lo percibía de una manera muy sana y natural a la joven edad de siete años. Visiones mentales, Voces etéreas, sensaciones corporales, sueños premonitorios. Con el tiempo, a raíz del contexto social y cultural, la «programación sociocultural», fui poco a poco perdiendo esta habilidad. Al hacerme hombre, perdí casi en su totalidad aquel don que me permitía ver seres e individuos no físicos, lugares, acontecimientos futuros y fantasmas.

Sin embargo, esta infancia seria sacudida por un suceso horrible. ¿Cuánto sufrimiento puede imprimirse al corazón de un niño al ser despojado del seno materno? La muerte de mi madre, cuando apenas contaba con diez años, y la férrea y rígida crianza que un padre impuso sobre mí. De ellos, solo mi madre creía en las cosas que podía ver, y muchas veces discutía con mi progenitor a causa de los bruscos despertares y ensoñaciones que padecía, la continua y constante inclinación a charlar con «seres imaginarios», y alguna que otra premonición que con el tiempo seria obligado a mantener en silencio. A la muerte de ella, mi padre —militar retirado formado en los estoicos brazos de la religión— no desperdició ocasión para hacerme saber lo lunático y loco que era. Palabras tales como «estás enfermo» o «Arréglate» las oía con frecuencia a medida que crecía. En nuestras visitas a la iglesia no vacilaba al mencionarle al sacerdote mis rarezas; y una noche, luego de sorprenderme hablando solo por nuestra casa, decidió tomar medidas drásticas:

«Ven conmigo» me ordenó una tarde de un caluroso verano. Subí a su viejo auto sedán de color negro, tomamos la primera calle céntrica de

la ciudad, y muy pronto dejamos atrás los grandes edificios para internarnos en las lúgubres regiones rurales de la provincia.

Luego de media hora de viaje en la que mi progenitor no dijo palabra alguna, llegamos a un predio inmenso y muy retirado en el que se alzaba una vieja casa abandonada sobre un escarpado terreno. «En ese lugar—me dijo mi padre— te vas a quedar por esta noche»

Ante mi rostro sobrecogido de un indescriptible terror, mi padre me cogió con fuerza del brazo, me zarandeó y arrastró hasta el interior del horrible inmueble; abrió la puerta de un empujón, me arrojó dentro, y cerró la puerta con llave. Me levanté y apoyé sobre la fría madera en un llanto y súplicas descontroladas, mientras oía los pasos de aquel hombre marcharse lentamente sobre la tarima de la entrada. Escuché el motor del auto encenderse, y comprendí que no se trataba de una broma macabra de un padre a su hijo. Un grito me llegó desde fuera: «¡Es por tu bien!» Le oí decir.

—¡Por favor! ¡Por favor papá!—. Grité en una exclamación incontenida que surgía derechamente desde lo más profundo de mi alma.

No hubo respuesta. Solo el sonido del motor apagándose tenuemente a medida que se alejaba. Me arrodillé, intenté en vano secar mis lágrimas, y me entregué a la desesperación.

No pasó mucho antes que me diera la vuelta a contemplar el asfixiante escenario en el que me encontraba. El primer vistazo que di me rebeló una habitación muy oscura y lóbrega, y luego que mis ojos se adaptaron a la oscuridad, contemplé un salón sumamente sucio y lleno de polvo. Por lo alto del techo discurrían largas telarañas; algunos muebles desvencijados y ruinosos se alzaban en los extremos. El suelo, de madera rechinante, era quizá lo más horrible. Marcas blancas y negras se extendían en todas partes. Las mismas que deja la acción del fuego sobre la madera. Por el pasillo hacia el fondo persistía la oscuridad, y no tuve ninguna intención de averiguar que había más allá. Por las paredes pendían algunos cuadros, y en ellos imágenes y fotografías de la familia que seguramente había vivido en aquel lugar. El silencio era sepulcral, similar al que se percibe en las cámaras mortuorias de un cementerio. Al cabo de un rato y un poco más tranquilo me puse de pie, examiné una silla cercana, la aproximé a la ventana donde refulgía débilmente la luz de la luna y me senté a esperar.

Aunque mis sentidos se encontrasen alerta, habría sido incapaz de estimar el tiempo transcurrido; al cabo de un rato, fui sorpresivamente sobresaltado por un suave aunque firme siseo. La adrenalina de mi cuerpo se disparó y las gotas de sudor se derramaron por mi frente. Miré en la dirección en la que parecía provenir el silencioso zumbido. Una fisura del muro permitía que el aire se filtrara hacia el interior. La corriente era

inconstante y fría, y creí que el zumbido de allí procedía. Volví a sentarme en la silla y miré por la ventana. En mi terror no había lugar para otra clase de sentimientos, pero no por eso dejé de contemplar el nebular y mítico paisaje cetrino que se extendía a lo ancho y largo de la ventana. Las lejanas montañas resplandecían bajo el incierto centelleo de la luna. Brillaba el campo adyacente como reanimado por una extraña fuerza. El árbol más cercano mecía sus hojas con un movimiento suave e hipnótico, y pronto capté que el zumbido del interior había cambiado su tono y proporción.

Ya no era un zumbido, de eso no tenía duda. Era una voz, aguda y penetrante, como la que nace en los labios de una niña pequeña. Y me paralicé de horror en el mismo instante en que volteé y la vi frente a mí, y al primer parpadeo de mis ojos desapareció. No me moví. La niña volvió a aparecer, esta vez bajo el umbral del angosto pasillo; y tras ella se alzaba un individuo corpulento, con cachos en la cabeza, de una silueta vaga y un color negro, y fue lo que definitivamente me hizo volverme loco. Golpeé con desesperación la ventana, golpeé con desesperación, y fruto de la persistencia de mis puños el cristal cedió y me precipité afuera, cayendo justo en el momento en que el automóvil de mi padre aparecía en la lejanía.

—¿Aprendiste la lección?—. Me dijo al verme arrodillado y con los nudillos ensangrentados. De mi boca apenas se oyó un sonido audible, al que debí acompañar con un movimiento de cabeza… «Sí» fue todo lo que pude pronunciar.

Subimos al auto y nos alejamos de esa finca de pesadilla. Por el camino de vuelta, ni él ni yo mencionamos una sola palabra, y desde entonces, he perdido paulatinamente aquella capacidad extrasensorial. Por un lado me siento conforme; ante todo, lo prefiero a continuar viendo esa bestia con aspecto de chivo tan formidablemente horrible cuyo solo recuerdo me pone nervioso.